

# **Una ética para laicos**

Del mismo autor

*Cuidar la libertad: entrevistas sobre política  
y filosofía*, Madrid, 2005

*Filosofía y futuro*, Barcelona, 2002

*Verdad y progreso. Escritos filosóficos*, Barcelona, 2000

*Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, 1996

*Consecuencias del pragmatismo*, Madrid, 1995

*La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, 1989

Richard Rorty

**Una ética para laicos**

Presentación de Gianni Vattimo

Traducido por Luciano Padilla López



**discusiones**

Primera edición, 2009  
Primera reimpresión, 2009

© Katz Editores  
Charlone 216  
1425-Buenos Aires  
Fernán González, 59 Bajo A  
28009 Madrid  
**www.katzeditores.com**

Título de la edición original: *Un'etica per i laici*  
© 2008, Bollati Boringhieri editore, Turín

ISBN Argentina: 978-987-1566-02-0  
ISBN España: 978-84-96859-59-3

1. Ensayo Filosófico. I. Padilla López, Luciano, trad.  
CDD 190

El contenido intelectual de esta obra se encuentra protegido por diversas leyes y tratados internacionales que prohíben la reproducción íntegra o extractada, realizada por cualquier procedimiento, que no cuente con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholón kunst

Impreso en la Argentina  
por Talleres Gráficos Nuevo Offset  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

GIANNI VATTIMO: Conocí a Richard Rorty el año 1979 en Milwaukee, donde habían organizado una conferencia acerca de la posmodernidad; entre otros, participaban también Ihab Hassan, pensador egipcio que escribió libros sobre el tema, y Hans-Georg Gadamer, el maestro de la hermenéutica del siglo xx, quien murió en 2002 a los 102 años.

Por mi parte, me sentía algo incómodo frente a Rorty porque, además de ser mayor que yo –aunque por poco–, acababa de ganar un importante premio por su libro *Philosophy and the mirror of nature* (Princeton University Press, 1979),\* y por tanto era el estadounidense de gran prestigio en el simposio. Después de darle una ojeada a mi ponencia, me pidió que lo dejara leerla; yo no conocía su libro, que por

\* Trad esp.: *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1989.

lo demás había salido ese año, ni, mucho menos, él conocía los míos; pero advertimos que decíamos cosas parecidas. A partir de ese momento nació una gran amistad y, en cuanto a mí, también cierto devoto respeto.

Ya entonces Rorty estaba anticipando una corriente postanalítica de la filosofía anglosajona que (la resumo brevemente, para que se entienda el sentido de su trabajo) se fundaba sobre la idea de que los tres grandes pensadores del siglo xx fueron John Dewey, Ludwig Wittgenstein y Martin Heidegger. Ahora bien, si situar a Dewey junto a Wittgenstein podría parecer audaz, ciertamente situarlos a los dos junto a Heidegger resultaba escandaloso, pero también creativo. No toda la filosofía estadounidense de los años posteriores se convirtió a una forma de pragmatismo hermenéutico, pero indudablemente se acercó cada vez más –por intermedio de tantos de sus representantes actualmente muy conocidos aun en Europa, como es el caso de Robert Brandom– a ciertas tesis de la filosofía europea sustancialmente inspiradas en la hermenéutica.

Les ahorro en este momento la clase sobre la hermenéutica; pero, para resumir, la idea era: en la filosofía del siglo xx llegó a su ocaso aquel sueño cuyo final Husserl ya había anunciado: *Ausgeträumt*, el sueño de la filosofía como ciencia rigurosa que toda-

vía era característico, ora del positivismo, ora de la fenomenología, a un lado y a otro de la Mancha, si no del Atlántico. Existía la idea de que la filosofía debía ser una buena representación de la realidad, o bien una buena representación de los modos en que nos representamos la realidad.

El libro que Rorty me regaló personalmente en Milwaukee, publicado unos años más tarde en italiano con el título *La filosofía e lo specchio della natura* (Bompiani, 1986) —con una introducción mía escrita junto con el autorizado colega wittgensteineano Diego Marconi— afirmaba, en suma, que durante muchos siglos la filosofía se había preocupado por aportar las garantías de que la representación que nos hacemos de la realidad es fiel. El espejo significaba que la filosofía debía ayudar a reflejar fielmente la Naturaleza ya fuese orientando a la ciencia —si queremos valernos de las palabras de Kant—, ya mostrando simplemente las estructuras básicas conforme a las cuales reflejamos la Naturaleza.

Sin embargo, para Rorty todo eso era en realidad un sueño metafísico, como ya había dicho Heidegger: era la idea de que la esencia de nuestro estar en el mundo consistía en contemplar la verdad objetiva y luego, más allá de todo, observarla. Recordemos que en italiano [y también en castellano] “observar” puede significar tanto mirar una cosa para descu-

brir cómo está hecha cuanto seguir, respetar, como sucede en el caso de “observar una ley”. Si así lo queremos, la tradición metafísica europea estaba ligada a la idea de que, si se observan las cosas tal como están, también se aprende a observar las normas.

Sin embargo, como ya señalaba Hume, filósofo anglosajón, por lo demás, las normas no pueden obtenerse de los datos. Si alguien es algo, lo es. Si no lo es y se le dice que debe serlo, hay que explicarle por qué debe serlo. “¡Sé hombre!” es algo que suele decirme quien quiere mandarme a la guerra, pero también debería explicarme por qué debería yo ir a la guerra.

¿Qué motivaba que el planteo de Rorty se refiriera a grandes autores como Wittgenstein y, ante todo, como Dewey? La respuesta: Dewey es el fundador del pragmatismo. Rorty retoma el pragmatismo de Wittgenstein, que durante el segundo período de su pensamiento inventó los juegos lingüísticos: cada sector de nuestra existencia habla un lenguaje; y la verdad o la falsedad o, de todos modos, la razonabilidad de una proposición dependen de las reglas del lenguaje en que se la enuncia. Sería como en el dicho italiano: *coi santi in chiesa, coi fanti in taverna* [en la iglesia con los santos, en la taberna con los siervos]. Si uno va a la taberna cantando himnos marianos, probablemente lo echen en medio de la risa



general; y lo mismo sucederá si uno canta canciones guarras, de fonda, en el coro de la iglesia.

Este planteo trasladaba entonces el problema de la verdad observacional a un horizonte que ya no era el de mirar cómo van las cosas, sino el de accionar sobre la realidad. El pragmatismo no significaba sólo “es verdadero aquello que funciona” sino también “estamos en el mundo no para mirar cómo marchan las cosas sino para producir, para hacer, para transformar la realidad”. ¿En procura de qué? ¿Y por qué llega a suceder eso? Si alguien se enferma, y se le explica que está enfermo porque sus huesos se están desgastando, ¿será feliz? No, a menos que también pueda dársele la droga que lo cura. En ese caso, saber la verdad le sirve para una finalidad, para intentar no ser demasiado infeliz.

Éste es, en palabras insuficientes, el pragmatismo del discurso de Rorty.

¿Por qué concuerda con los hermenéuticos y con Heidegger? Porque Heidegger es aquel que también dijo que la existencia es proyecto y que toda filosofía –toda pretensión de validez, no digamos de verdad– está fundada sobre una factible puesta en común (*condivisibilità*) del proyecto que propone. Por lo demás, yo mismo me volví haragán, y ya no leo ningún libro de filosofía que pretenda decirme cómo marchan las cosas: quiero que desde el comienzo